

## VIII.

¡Libre!

Claudio Riviere, á las ocho de la noche, habia oído echar los cerrojos de su celda, y aquel ruido siniestro que resuena siempre tan tristemente en el oído del prisionero, le habia parecido particularmente cruel aquella noche.

Cláudio pensó que podría con sus alicates hacer saltar la cerradura de su puerta; pero para limar el cerrojo necesitaba más tiempo del que le quedaba, porque Solignac debia estar á las diez en la cueva del hotel de la Rigaudié, y por consiguiente no le restaban más que dos horas.

El comandante estaba prevenido.

Castoret habia encontrado el medio de que llegara á sus manos una carta.

El correo humano que la trasmitió costaba, como es de presumir, bastante caro á Solignac.

—Dentro de hora y media el coronel estará cerca de mí—pensó Cláudio.—¿Pero podré reunirme á él?

Miró su reloj y le parecia que las manecillas corrian con una rapidez espantosa.

No obstante, el comandante no vaciló y se puso á trabajar.

La cerradura aparecia interiormente y con los instrumentos que poseia, Riviere pronto la quitó. ¿Pero qué era esto? Nada, lo más difícil, el obstáculo absoluto: era el cerrojo.

Cláudio cogió la lima y pasándola entre el estrecho intersticio de la puerta y del marco de la misma, mordió el cerrojo, que chirrió bajo los dientes de hierro; pero el comandante notó que era enorme, sólido, capaz de resistir todos los esfuerzos, aquel siniestro cerrojo que se extendia como una barra, entre el prisionero y la libertad.

—¡Qué importa!—se dijo Riviere.—¡Probemos!

La oscuridad iba llenando poco á poco su cuarto vacío y, por la estrecha ventana, los rayos de luz iban debilitándose, yendo á morir sobre la aplastada cama, con colcha gris, de la cárcel.

Inclinado y con el oído pegado á la puerta, interrumpiendo de vez en cuando su obra para escuchar si oía por el pasillo algun ruido amenazador, Claudio Riviere continuaba hundiendo la lima en el cerrojo, cuando de repente se detuvo. pálido y corriéndole el sudor por la frente, porque habia allí detrás de la puerta alguien... el comandante oía que alguno le espiaba.

—¡Trueno de Dios!—dijo Riviere entre dientes.—¿Iré á caer de lo alto demi esperanza?

Retiró silenciosamente la lima, la guardó en su bolsillo y esperó.

Seguramente habia allí un hombre. Claudio oyó distintamente sus pasos y hasta creyó haber oído una tos contenida; pero, cosa extraña, el hombre ni se movía, ni se alejaba. ¿Quizás examinaba la cerradura? En ese caso todo se habia perdido.

El prisionero esperaba ansioso, conteniendo el aliento, y los pocos minutos que pasó así le parecieron mortales: parecía que una mano de hierro le apretaba el pecho.

Retrocedió instintivamente cuando oyó el chirrido del cerrojo que se deslizaba sobre sus goznes.

El hombre que le espiaba, y que seguramente sería algún vigilante, iba á entrar.

Una idea feroz cruzó en seguida el cerebro de Rivière: pensó en precipitarse sobre aquel hombre, cogerle por la garganta, tirarle al suelo y escaparse como un loco. La cárcel le ahogaba, y hubiera arriesgado la vida por encontrar á Teresa.

Pero se detuvo, más sorprendido que desesperado. La mano invisible que sujetaba el cerrojo detrás de la puerta, lo corría con precauciones infinitas, suave y lentamente, como si hubiese temido hacer ruido.

En cuanto el cerrojo rechinaba, la mano se detenía y Rivière no oía nada hasta un momento despues.

—¿Qué significa esto?—pensaba el comandante.

El ruido se calló de hecho, y Rivière miró por la rendija de la puerta. El cerrojo ya no se

veía entre la puerta y el marco. Sin embargo, el hombre no entraba, ¿Por qué?

Rivière aplicó de nuevo su oído á la puerta y distinguió perfectamente un ruido furtivo como de pasos que se alejaban y trataban de ahogar. La sonoridad de la bóveda del corredor hacía que se oyeran, á pesar de eso. Lo seguro era que el hombre se alejaba.

Rivière notó al mismo tiempo que la lejana claridad que él solía ver mirando por debajo de la puerta, no se distinguía ya como si en el corredor hubiesen apagado el quinqué que tenían encendido todas las noches.

Entonces Claudio Rivière, preocupado, se preguntó si el hombre que acababa de pasar y que habia descornado el cerrojo, sería un cómplice, en vez de ser un enemigo.

Esperó un momento para dejar á aquel hombre el tiempo necesario para alejarse, luego atrajo la puerta que se abría hacia dentro y exhaló involuntariamente un suspiro ahogado. La puerta estaba abierta, y en efecto, acababan de descornar el cerrojo. Claudio podía salir libremente y el largo corredor que conducía al patio donde entró *Varus*, aquel corredor que era preciso atravesar, estaba sumido en la oscuridad.

Rivière no temía ya ser visto.

—¡No cabe duda,—se dijo,—el vigilante que acaba de pasar estaba comprado por Solignac.

Esta fué su primera idea.

La segunda fué esta otra:

—Pero ¿y si me equivocára? ¿Si esta facilidad

en dejarme salir no fuese más que un lazo? ¿Si me estuvieran espiando para prenderme y al mismo tiempo que á mí á los que se interesan por mi salvacion?

Tuvo miedo por un momento de haber adivinado; luego la audacia militar se sobrepuso y esperó con febril impaciencia el momento de reunirse con Solignac.

Mil ideas cruzábanse en su imaginacion; pero dos figuras resaltaban por entre todas ellas: la de Teresa y la del marqués de Olona. Cuando pensaba en aquella mujer, en sus ojos asomaba una lágrima, pero sus puños se crispaban cuando recordaba al amigo traidor.

Pasadas las nueve y media, Riviere contó los minutos, menos por el tic tac del reloj que por las pulsaciones de su corazon; luego, resuelto y calculando que habia llegado la hora fijada, abrió de nuevo la puerta que habia cerrado y se deslizó por el corredor, avanzando con precaucion y lentitud para no hacer ruido alguno.

Había roto su pañuelo en dos pedazos y recordando, cómo habian pasado en otro tiempo, bajo los cañones del fuerte de Ivre con los pies de sus caballos envueltos en paja, envolvió con aquellos pedazos las suelas y tacones de sus botas.

El comandante se deslizó por el corredor como un fantasma.

Dió unos sesenta pasos—pues cuando le conducian al patio interior habia medido varias veces la distancia desde el calabozo á la puerta del corredor—y se detuvo encontrando efecti-

vamente en la oscuridad, aquella sólida puerta, con sus gruesos clavos de hierro.

Riviere buscó el sitio del cerrojo. Los alicates iban á servirle entonces al comandante para hacer saltar la cerradura. No tuvo que tomarse ese trabajo. La puerta cedió, como la del calabozo. La misma mano habia suprimido los dos obstáculos.

El prisionero creyóse ya feliz y libre cuando se halló en el patio. El aire de la noche acarició su rostro y respiró con alegría, pero aquella clara noche del mes de julio podria perderle. En atravesar aquel patio é ir hasta la entrada de aquella cueva que ya habia examinado, estaba el peligro. ¡Podian espiarle! ¿No habia acaso ventanas que daban á aquel patio? y detras de aquellas ventanas, ¿no habrian podido colocar centinelas? Riviere hasta creyó oír cerca de allí los pasos de una patrulla en marcha y el ruido de los fusiles golpeando el suelo.

—¡Cumplase mi destino!—dijo.

Y se deslizó á lo largo de la pared, maldiciendo lo estrellado de la noche, ocultándose en lo posible, deteniéndose de vez en cuando, hasta que por fin llegó á la abertura de la cueva, en la que penetró bruscamente; como si allí empezara realmente su libertad.

El comandante no podia ya guiarse más que á tientas; la oscuridad era profunda y se iba aumentando á medida que avanzaba en la cueva.

Llegó á la puerta, que no estaba abierta como las otras; pero que, casi podrida y desvencijada, cedió bajo la presion del alicate, que hizo

saltar bruscamente la cerradura, y Claudio Riviere, ántes de meterse en el subterráneo, se volvió hácia la abertura de la cueva y entonces espermentó una profunda emocion.

Realidad ó alucinacion, creyó ver destacándose en la claridad de la abertura la silueta de un hombre, quizás la de un soldado, y se dijo:

—Si tira y no me mata, por lo ménos dá la alarma y todo se ha perdido.

Pero la silueta desapareció, y con tal rapidez, que este pensamiento cruzó por la imaginacion de Claudio.

—¿Si me habré equivocado?

Dióse prisa en volver á cerrar la puerta, y al azar, caminando hácia adelante, tropezando con algunas guijarros, apoyando sus manos en las paredes húmedas, con el pecho oprimido por un frio de sepulcro, avanzaba hácia la vida libre y hácia aquella venganza que daba un nuevo aspecto á su energia.

Amenudo le parecía oír pasos detrás de sí. ¿Acaso lo perseguían? ¡No! Era la humedad de las bóvedas que caía formando gotitas en charcos estancados. Volvía á emprender la marcha en la oscuridad, golpeando de vez en cuando, para saber si no se había extraviado un eslabon que llevaba esprofeso. Pero la vía subterránea era recta y Claudio Riviere, no encontró ninguno de esos callejones en que es fácil perderse. Siguió pues su camino.

De repente, al cabo de un momento, se detuvo.

Ya no era tras sí, era delante en donde oía un

ruido sordo, continuo, como si fuesen golpes de azada.

—¿Qué será eso?

—Vamos,—se dijo en seguida Claudio Riviere,—ahora es un amigo, es Solignac!

El coronel, efectivamente, habiendo penetrado en la cueva del hotel de la Rigaudie, acababa de hallarse frente al tabique que interceptaba las comunicaciones entre el hotel y el Temple. En seguida quitóse la levita y subiéndose las mangas, como un trabajador, se puso á cavar ayudado por Marcial Castoret.

La salida al subterráneo ya no estaba interceptada más que por una capa de tierra, cuando Riviere llegó, escuchando, sin oír al principio más que el ruido de los instrumentos, distinguiendo luego palabras lejanas y por fin reconociendo la voz de Solignac.

—¡El era! ¡Estaba seguro de ello!

Hubiera querido agujerear aquella capa de tierra con sus manos, atravesar aquel obstáculo y abrazar á aquel hombre que trabajaba á pocos pasos de él.

El deseo de estrechar contra su pecho á su salvador, le causaba tanta emocion como el miedo de oír correr tras sí á los carceleros y sentir sus manos caer pesadamente sobre sus hombros.

—¡Valor!—gritaba á Solignac.—¡Aquí estoy! ¡Valor!

Y Solignac contestaba:

—¡Paciencia!

Los golpes de azada se iban haciendo más fre

cuentas y más febriles. Claudio distinguía el ruido de la tierra que caía, el golpe del hierro en los pedruscos y la jadeante respiración de aquellos hombres, separados de él todavía y no obstante tan próximos.

Entonces se precipitaba contra la tierra, la arañaba con sus uñas, la golpeaba con el pie; repetía: «¡Valor!» gritaba: «¡Gracias!»

Admiraba á Solignac, intrépido allí, como siempre, abriendo aquel boquete en la oscuridad, lo mismo que hubiera ejecutado en pleno día una carga contra los enemigos.

—¡Victoria!—gritó de repente el hermoso Solignac, y su voz varonil resonó clara y sin obstáculo alguno en los oídos del comandante.

El trabajo estaba terminado, la brecha abierta. Claudio se deslizó por aquella abertura, como una fiera se introduce en su guarida y con las manos súcías y los cabellos llenos de tierra fresca, se arrojó, ahogado por la emoción, en los brazos que le tendía Solignac.

Marcial Castoret, después de haber enjugado el sudor de su frente, contemplaba, apoyado en la piqueta, y á la claridad de la linterna colocada en el suelo, aquella escena silenciosa y soberbia, aquel largo y varonil abrazo de dos hombres dispuestos á morir uno por el otro y que volvían á encontrarse á través de tantos peligros.

—Vamos—dijo Solignac soltándose bruscamente,—¡en marchal

Recogió su levita que se puso á toda prisa y arrastrando á Claudio Riviere, mientras Cas-

toret llevando la piqueta y los azadones alumbraba el camino, añadió:

—Mientras no esteis fuera de ese agujero habrá peligro para vos!

—¡Y para vos, Solignac!

—¡Para mí! ¡Ah! ¡*paobre de Di!* como dicen en mi tierra, desafío á todos los sabuesos de Fouché á que sospechen siquiera el oficio que esta noche ha ejercido el coronel Solignac!

Y apresuraba el paso, porque cada minuto era la libertad.

—Pero, ¿y si notan en seguida mi evasión en el Temple?—dijo Riviere.

—Imposible. No la sabrán hasta mañana. A estas horas la puerta de vuestro calabozo está, como la del patio, cerrada con cerrojo, y os creen durmiendo en vuestra cama de reglamento!

—¡Vamos!—repuso el comandante.—¡Ya me figuraba yo que erais vos quien habia's comprado al vigilante que descorrió mis cerrojos!

—Se puede pensar en todo, á pesar de lo que dice el proverbio—dijo Solignac.

Cuando ya llegaban á la entrada de la cueva que daba al jardín del hotel de la Rigaudie, el coronel añadió:

—Ahora vais á dejaros conducir por el hombre que hallareis dispuesto á guiaros al sitio que le he indicado, y vais á jurarme que no saldréis de allí hasta que yo os lo permita!

—¿Por qué me exigis eso?

—¡Porque sé que sois capaz de arriesgar vuestra vida por la causa que defendeis, y yo

os lo prohibo! Debeis confesar, mi querido comandante, que tengo algun derecho á ello.

—Soy vuestro con alma y vida—repuso Riviere.

—¿De modo que esperareis mi aviso? ¡Pensad que una imprudencia vuestra podría comprometer á vuestros salvadores! ¡Si no es por vos, hacedlo por nosotros! ¿Me lo jurais?

—¡Os lo juro!

—Por lo demás, no temais; mañana mismo me vereis.

—Hasta mañana—dijo Claudio Riviere.

Solignac le abrazó de nuevo y salieron de la cueva.

En el jardin aparecieron dos sombras, una inmóvil y otra que iba y venía. Esta era de mujer.

—¿Quién está ahí?—dijo Solignac en voz baja.

—¡Fournier debia estar solo!

No sé—repuso—Castoret.

La sombra femenina se acercó y Riviere oyó entonces una voz que dirigiéndose á Solignac decia en tono de reproche, algo ahogada por el miedo:

—Y bien. ¿Habeis concluido? No os veia volver... ¡y fui bastante tonta para creer que podia sucederos alguna desgracia! ¡Lo hubiérais mil veces merecido! ¡Vertuciel! ¡Vaya un oficio! El señor Masser de Latude, que digan lo que quieran, era un bribon. ¡No hubiera hecho más que vos! En fin, ¿dónde está vuestro comandante?

Solignac alargó la mano hacia Riviere y le dijo rápidamente:

—¡Dad las gracias á la marquesa de la Rivaudie, mi querido Riviere, ella es la que os salva!

—¡Oh! ¡yo! ¡yo!...—repuso la marquesa—¡si no hubiesen escuchado más que á mí... pero en fin ya estais libre, es preciso que continueis siéndolo. Marchaos pronto. Mi mayordomo va á conducirlos (é indicaba á Fournier vestido estrictamente de cochero). Al fin y al cabo estoy muy satisfecha de que no os haya sucedido ninguna desgracia, comandante.

Y alargó la mano á Riviere.

—Señora—dijo el militar inclinándose.

—Señorita... Vamos, vamos, marchaos. Yo vuelvo á casa. Con el relente que está cayendo facilmente se coge una pulmonía. ¡Fournier, os encargo que llegueis á puerto seguro!

El comandante siguió á Fournier, que salió del jardin sin decir una palabra.

Riviere atravesó con él la bóveda del hotel, luego el mayordomo abrió la puerta y en la calle, el comandante vió un landó cuyos caballos tenia cogidos de las riendas un hombrecito cubierto con un carrick.

Al ver á Claudio Riviere, el hombrecito hizo un movimiento, pero no soltó las riendas.

—Subid, subid—dijo Fournier.

El comandante saltó dentro del landó y apenas se habia sentado en él cuando la portezuela se habria de nuevo y el hombre del carrick se lanzó junto á Riviere repitiendo entre sollozos esta sola palabra:

—¡Claudio! ¡Claudio!

—¡Padre mio!—dijo el comandante abrazando al pobre hombre, y reprochándose con ira de haber pensado tan poco en él, cuando siempre tuvo presente á Teresa.—¡Pobre padre mio!

—¡Tu pobre padre, que en este momento es muy feliz! ¡Tú, tú estás aquí! ¡Te cojo! ¡Te abrazo! ¡Ya eres mio! ¡Estás salvado!... ¡Ah, el coronel, es Dios el coronel! ¡Abrazame otra vez! ¡Te habrían fusilado! ¡Estás delgado, tus manos me parecen huesudas! ¡Ah! pero que importa, tienes tiempo de reponerte. ¡Vas á vivir y ya no me vuelvo á separar de ti, nunca, jamás! Espero que ya te habrás cansado de política. ¡Ya ves á lo que conduce! A perder á los jóvenes como tú y á desesperar á los viejos como yo. ¡Cuando te lo decia, no me hacias casol! ¡Pero no creas que te hago reproche alguno! ¡Abrazame de nuevo, Claudio mio, mi buen Claudio, mi comandante! ¡Ah! ¡si tu Solignac me pidiera las dos manos y la cabeza, me las dejaba cortar por él!

Y el ex-comerciante de paños, reia y lloraba al besar y abrazar locamente á su hijo, mientras el landó partía al galope de sus dos hermosos caballos; el comandante Rivière sentía caer sobre su frente, cargada de preocupaciones, aquellas queridas lágrimas paternas que le parecian dulces y consoladoras; porque el valiente militar, cuyo corazon parecia querer saltarse del pecho, hallábase si no consolado, satisfecho, con sentirse amado de aquel modo tan profundo, tan verdadero, tan poco egoista, y tan sublime.

En cuanto á Solignac ya estaba fuera del hotel de la Rigaudie.

—Descansad, señorita, habia dicho á la marquesa.—Y mañana cuando venga la policia á pedirnos esplicaciones, mostradle un rostro tranquilo y vuestra querida y alegre sonrisa. Teneis cara de ser la bondad misma, ¿pero quién ha de sospechar que vos, que sois fiel á los Borbones, teneis protegidos entre los soldados del emperador y relaciones con las sociedades secretas del ejército?

La señorita de la Rigaudie se encogió de hombros.

—¿Quereis que os diga una cosa, coronel? En tiempo de la revolucion me habriais hecho cortar el pezcuezo con vuestras imprudencias. Y lo más tonto es, que me lo hubiera dejado cortar, porque me habriais hecho hacer cuanto hubieseis querido. Vamos ¡pardiez! ¡no permanezcais ni un momento más aquí, y descansad, que buena falta debe hacerós!

Solignac besó la mano de la solterona, despidióse de ella y se fué.

—Y bien Castoret—dijo á su compañero cuando se vieron solos en las calles de los alrededores del Temple—¡Una revista! ¡una sonrisa de una mujer, y un amigo en salvo! ¡Me parece que el dia ha sido bien aprovechado!

—Seguramente—dijo Castoret.—Pero sobra algo.

—¿Y qué es ello?

—Esto.

Y alargó al coronel un ramito de rosas.

—¡Mis rosas!

Solignac cogió apresuradamente el ramo.

—Hace poco,—dijo Marcial Castoret—cuando estábamos trabajando allá abajo, se os cayó este ramo. Le cogí para devolvérosle pero al tocarlo, ¿á que no sabeis lo que me ha sucedido?

—No.

—Pues que me he pinchado con sus espinas. Arañazos de flores son de mal agüero.

—¿En dónde habeis visto, maese Marcial, que las más bellas rosas carezcan de espinas, ni las más lindas jóvenes de temores? Gracias por el ramo; pero que el diablo se lleve tus consejos.

—En fin—dijo Castoret—si os sucede alguna desgracia, no será porque no os hayan prevenido. La mujer es una cosa muy agradable, con-vengo en ello; pero no hay una, entendeis, mi coronel, ni una, que valga el que un valiente soldado sacrifique una sola de sus uñas por ella.

Solignac se echó á reir mientras que Castoret, pensativo, se decia que Catissu misma, aquella Catalina Magnac, á quien amaba; Catalina, la sobrina del cura, no le haria dar un paso hácia la derecha si él pretendia ir hácia la izquierda.

El coronel y el asistente volvieron al hotel Saint-Fermin y se acostaron; Solignac, soñando con rosas embalsamadas, música italiana y subterráneos que se transformaban en *boudoirs*; el asistente, recordando la prediccion de la seño-

rita Lenormand y oyendo una voz prudente—la de Catissu quizás—que le decia:

—Sé egoista, Marcial. Vela por la vida del coronel, puesto que sabes que es velar al mismo tiempo por la tuya. En este mundo, la regla es esta: ¡La caridad bien entendida empieza por uno mismo!